LA PLAYA A LA LUZ DE LA LUNA

por Juan Tébar

autor de «LA HUELLA DE UN BESO» y «DULCE, QUERIDISIMA MAMA»

Del volumen número 33:
Después de graves y largas deliberaciones del Jurado, que estaba compuesto por Rafael Conte, Francisco García Pavón, Rafael Llopis, Lola Salvador y Fernando Jiménez del Oso, resultó Ganador del Gran Premio de Terror, de Ediciones UVE, el relato de Juan Tébar titulado «La playa a la luz de la luna», que de nuevo ofrecemos a nuestros lectores para su reconsideración. Los relatos y autores finalistas, que compitieron en la última fase de la final, fueron: «Puerta condenada», de Pedro Montero; «El muro», de José Luis Velasco, y «Las sombras de Nathan Ketchum», de Manolo Marinero.

Juan Tébar, de ascendencia gallega, 40 años, se ha dedicado fundamentalmente al cine, la televisión y la radio como guionista y en ocasiones como director. para periódicos y revistas ha cultivado el ensayo y la crítica cinematográfica y literaria. Actualmente escribe sobre libros en el diario «El País». No ha publicado todavía ningún libro y sus metas literarias más inmediatas se centran en una selección de sus cuentos y en dos novelas que tiene inacabadas.
Su firma, como la de otros autores que han Triunfado en el terror, seguirá figurando en las Páginas de esta Biblioteca de Misterio y Terror de Ediciones UVE.

Del volumen número 27:
«... pues aquella era la playa de los palos de colores... Eran muchos palos rojos, verdes, azules, blancos, negros, todos clavados y en el suelo, unos torcidos y otros derechos. Como un bosque».

Nota del webmaster: ***He aquí el cuento ganador del premio de un millón de pesetas. Si hago esta nota, es porque me encantaría conocer la opinión de los lectores sobre si este relato merecía reconicimiento. Ya he dicho anteriormente que para mí, un relato puede ser excelente más allá de que me guste o no. Pero esto... sin siquiera saber cómo eran los otros relatos finalistas, desapruebo la elección del jurado. Algunos de los relatos***

publicados en CUENTOS NEGROS ni siquiera competían, pero ¿ustedes que opinan? ¿No encuentran otro cuento al que le darían el premio? Bueno, espero muy ansiosamente la opinión de todos.

La niña era rubia y su vestido era malva con volantes y encajes. Tenía los ojos azules y la boca chiquita y preciosa. Llevaba sobre el pelo un lazo del mismo color del vestido, y había dejado el gran aro verde sobre una roca. Chupaba un caramelo —siempre llevaba caramelos en los bolsillos— y tarareaba una dulce canción.

El sol se desparramaba a lo lejos, y casi no sol, tiñéndose el horizonte como una salsa que se hubiera salido del cacharro.

La niña tenía seis años y sus padres se llamaban Ricardo y Leonor. Su tía se llamaba Sol y su tata se llamaba Concha. Después del desayuno no los había vuelto a ver en todo el día.

Leonor se sentó en la roca y siguió chupando el caramelo. Hacía un bellísimo ocaso. Las líneas del mar y el cielo se estaban poniendo rojas, rojas, rojas, y la superficie del agua brillaba como un tesoro. El vaivén del mar —muy leve, casi nada— llevaba como cosquillas a la playa. Y de algún sitio venía un rumor de flautas encantadas. Era como el maravilloso país de Oz.

Leonor se había escapado aquella mañana. Andando, andando, saltando, saltando, paseando por las laderas, y luego por los bosques y más tarde por pequeños caminos, y bajando a las playas, y metiéndose entre las rocas, y yendo de una a otra, y descalzándose para cruzarlos charquitos del mar. Hasta llegar a esta playa redonda, al ocaso. Al mar grande. Siempre con su aro rodando delante de ella incluso por los más escarpados lugares.

Ahora Leonor se mojaba los pies y aún no tenía pena por haberse perdido. Las dulces niñas de seis años son grandes insensatas.

El papá de Leonor —don Ricardo— era un caballero de gran barba que por las mañanas se ocupaba en ir a la Bolsa. Ahora, en verano, don Ricardo dormía mucho, y a la última hora de la mañana leía el periódico en el jardín. Y por la tarde sacaba a mamá a pasear en coche.

Doña Leonor era una dama buena que cocinaba grandes pasteles dorados y tocaba el piano en el salón. Era muy bonita y siempre se bañaba en una habitación rosa con muchísima espuma. Mamá, después de comer, invitaba a doña Luisa y a Margarita y a las primas de Biarritz a tomar café.

Tía Sol era horrible. Tía Sol vestía de negro y llevaba cordón de hábito por promesa y un crucifijo grande, y usaba gafas y moño y sorbía manzanilla de una jícara, sentada en un sillón de mimbre junto a las grandes macetas de geranios. Tía Sol castigaba frecuentemente a Leonor con brutales pellizcos. La niña había curioseado a veces su habitación, donde guardaba una revista con hombres en traje de baño…

Pero lo que más le gustaba a Leonor era el paquete de postales de colores. Con bordados y dedicatorias de cuando la Tía era joven y hacía colección. También había coleccionado violetas la Tía Sol, y las ponía dentro de los libros de Misa y de los demás libros, que solían ser de Formación de la Mujer o de poesías.

La tata Concha era tonta, Leonor no la quería nada. Estaba muy contenta Leonor de estar sola ahí, en aquella playa escondida, sin Concha ni tía Sol ni nadie, pues aquella era la playa de los palos de colores clavados en la arena, que ella había visto desde el coche tantas veces. Eran muchos palos rojos, verdes, azules, blancos, negros, todos clavados en el suelo, unos torcidos y otros derechos. Como un bosque.

La niña, tarareando siempre su dulce canción —«… Yo soy la viudita del conde de Oréee… »— se quedó mirando a aquel bulto que había a unos metros de la roca. Empujó el aro hasta allí donde aquel bulto que era un muerto. La niña se acercó.

«… de Oréee… que quiero casarme y no tengo con quién… »

Los botines blancos y negros, el pantalón a rayas, el chaleco bien cerrado, el cuello duro y la chalina. Era un señor pálido y sonriente, muerto en la arena. Para ella sola. Para jugar

ella sola y nadie más. Cuánto se alegró Leonor de que no estuviera allí la tonta de la chacha ni tía Sol con sus ojos vigilantes, ni nadie. El señor muerto era para ella.

Y Leonor se sentó en la playa, entre dos grandes palos —verde y negro— y empezó a tocar al muerto.

Estaba frío. Leonor sabía que los muertos estaban fríos. Ella sabía muchas cosas y más de lo que normalmente saben las niñas de su edad.

Sólo se lo contaría a Juan. Juan era su único amigo, un niño de diez años que leía libros, incluso libros para mayores. Juan era un niño pálido y muy nervioso que vivía con su madre en una casa gris que a Leonor le parecía muy triste. Juan coleccionaba gusanos de seda y también muchos pájaros raros. Los gusanos los tenía en unas cajas blancas de cartón y los pájaros en jaulas de perdiz. Cuando Leonor iba a verle, a veces abrían el pico a los pájaros con las dos manos y les llenaban el buche. A los pájaros les gustaban, pero a veces, del empacho, se ponían enfermos, cerraban un ojo y se morían.

El muerto estaba tumbado como si descansara. Tenía un gesto de satisfacción que a Leonor le recordó a su padre durmiendo la siesta.

No era un señor guapo. Estaba muy pálido y muy delgado. Tenía grandes ojeras y unos labios gruesos y colorados, como las caretas de carnaval. Leonor le dio con un pie y el muerto se tambaleó un poco sobre la arena. Le dio otra vez y el muerto se movió más. Entonces le dio una patada fuerte y casi pareció que el muerto la hubiese sentido.

La niña tarareó otra dulce canción…

«¿Dónde vas, Alfonso Doce, dónde vas, triste de ti… ?»

En uno de sus bolsillos Leonor llevaba los caramelos y en otro llevaba una gran cantidad de cosas: Un acerico con alfileres; una tortuguita de plomo; una bolsa roja con canicas de vidrio; una hebra del pelo de su madre, cuidadosamente envuelto en papel celofán; unas tijeritas doradas; una estampa arrancada de la DIVINA COMEDIA de la biblioteca de papá; un frasquito de medicina amarilla que cogió un día del cuarto de Juan; una pieza de un rompecabezas (era un sol y las orejas a medias de un conejo…). Y muchas cosas más.

Del acerico sacó un alfiler y pinchó al señor en una mano. No salió sangre, y Leonor, entusiasmada lo hundió hasta la cabeza. Luego lo sacó. Hizo la misma operación en la otra mano, y luego tiró el alfiler al mar.

«… Voy en busca de Mercedes, que ayer tarde la perdí… »

El señor parecía dormido realmente. Incluso Leonor creyó observar que su sonrisa se movía…

Con las tijeritas doradas, la dulce niña jugó a cortarle el pelo. Había un mechón sobre la frente que ella empezó a recortar con detenimiento. Recortó, recortó, recortó, intentando con todo esmero dejarlo igualado, pero se aburrió y el mechón no había quedado bien.

Antes de guardar las tijeritas quiso probar suerte en las pestañas del señor. Recortó las pestañas, y hasta unos minúsculos trocitos de párpado que se guardó en el bolsillo, con las tijeras.

Luego cogió la cabeza del señor con ambas manos y la levantó hasta bien cerca de sus ojos… ¿Le miraba aquel señor? Ahora había un orificio en sus ojos cerrados —el del trocito de párpado— y aunque era muy pequeño, los ojos estaban ahí, atravesando a Leonor con mirada curiosa.

—¿Cómo te llamas…? —preguntó la niña. Y el muerto no contestó. Y Leonor dejó caer la cabeza con ímpetu, y ésta rebotó en la playa…

Leonor empezó a imaginarse nombres posibles del muerto —Juan…, no. Francisco… Moisés… Ernesto, Richard, Rubén, Silver, Carlos, Ovidio… —. Y por cada nombre que decía en voz alta le daba u pellizco retorcido de los que tanto gustaba tía Sol. En el pellizco número veintitantos, ya sí, ya la niña pudo asegurarse que el muerto se rebullía inquieto.

El sol desaparecía a pasos de gigante. En una décima de segundo ya no hubo más. La oscuridad dio un repente terrible a la escena.

Leonor, que sabía más cosas que las niñas de su edad, notó que se había perdido. Y que haberse perdido quizá no era agradable y a lo peor no iba a resultar divertido.

Con la oscuridad empezaron a dibujarse las primeras estrellas y el muerto adquirió un nuevo tono amarillo.

Leonor empezó a darse cuenta de que no ser buena compañía un cadáver. Y que realmente no se había portado bien con ese cadáver. Y que el cadáver había demostrado con bastante evidencia que se movía…

El muerto, vigilado por la guardia de todos aquellos palos clavados en la arena, miraba a Leonor. Y la niña tuvo frío…

La playa estaba espantosamente sola. Y retumbaba el mar. Leonor se mojó la falda con la espuma de una ola.

Sería imposible calcular cuántos minutos pasaron hasta que salió la luna.

Ya no era aquello el maravilloso país de Oz. Sí un cementerio a la orilla del mar. Un panteón, una helada mansión de los muertos, defendida por mil lanzas en selva interminable.

Y el muerto se incorporó. Y el muerto abrió los ojos y miró sin pestañear a la niña, que ya no tarareaba ninguna canción.

El muerto se puso de pie. Y entreabrió los labios. Y dos largos, afilados, sangrientos, ávidos colmillos centellearon como alfanjes a la luz de la luna.

Leonor gritó, porque las dulces y encantadoras niñas suelen tener miedo, aunque sean del temple de Leonor. Y gritó fuerte, con auténtico miedo, porque entendió a la perfección que aquel señor no había estado nunca realmente muerto (realmente era un NO MUERTO, como le hubiera explicado Juan, que sabía mucho de eso). Supo sin ninguna duda que aquello con lo que había estado jugando era un vampiro. Y la morbosidad y la perversión de Leonor no llegaban al extremo de que le gustasen los vampiros (A Juan sí… El decía que le encantaban). Y menos en una playa solitaria, a la luz de una luna tan cruel, a doce horas y quién sabe cuántos kilómetros de la más cercana presencia de sus padres, su tía Sol y tata Concha, por más que no los quisiera mucho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el vampiro. Y la niña no contestó. Y el vampiro cogió a la niña por la cabeza, y la soltó con ímpetu, y la cabeza rebotó contra la playa.

El vampiro dio con un pie a la niña, una y otra vez. Y luego le dio una patada fuerte, que hizo a Leonor sentir la boca llena de sangre.

Cuando el vampiro vio aparecer la sangre por la comisura y deslizarse como un arroyuelo por el mentón de la niña, se lanzó sobre ella con una gran sonrisa.

La niña había vuelto a sacar sus tijeritas doradas y se las clavó al vampiro, en el pecho. Consiguió escurrirse y echó a correr por la playa.

El vampiro se había vuelto a poner de pie. En el pecho, clavadas las tijeritas hasta el fondo. No hizo un gesto de dolor, ni uno solo, y lanzó un alarido escalofriante, un grito de ave de presa, un sonido de guerra, total, desgarrador, mitológico. Parecía el rey de la noche, el rey de la playa, el rey del mar, el rey de la luna. Y en una fracción de segundo se convirtió en un murciélago, que iba en picado sin freno hacia la niña del lazo y el vestido malva, con sus volantes y encajes (aquella que cantaba las dulces canciones…), lanzada ahora a la más loca carrera entre las innumerables estacas de colores.

Leonor dio vueltas, vueltas, vueltas, vueltas, entre una estaca azul y una estaca roja; entre una estaca negra y una estaca verde; entre una amarilla, una gris, una innombrable estaca de indefinible color, larga y puntiaguda como una pica. Y arrancó la estaca verde y se la lanzó al vampiro hacia los aires, y le lanzó la estaca amarilla, y la turquesa y la negra, y al indefinible, y todas las estacas que se iban ofreciendo a su paso, sin mirara casi, confiando en clavarle, en atravesarle contra la luna, perforándole el corazón, único modo —como bien le había explicado Juan— de librarse de un vampiro.

La niña miró por fin atrás. Y de cada estaca desclavada había surgido un vampiro, porque bajo cada estaca de color descansaba un vampiro su sueño casi eterno, con la playa sobre su letargo. Y la niña comprendió que aquel rincón del mundo era un cementerio de vampiros y ella había liberado a centenares, a miles de aquellos monstruos. Por cada estaca clavada en la arena, un vampiro indefenso la soportaba en el corazón.

Ya eran tantos los murciélagos que volaban en círculo… Leonor cayó en el suelo y cerró

los ojos. Notó la viscosa nube sobre su piel. Y en su garganta los labios y los dientes, y las risas, y los jadeos. Y gritó, gritó, gritó, sin que nadie la oyera, salvo todos los vampiros soliviantados por su perversidad.

Todos los murciélagos —alguien podría verlos en plano cenital si se hubiera colgado de la luna— se transformaban en miles de reyes nocturnos vestidos con perfecta elegancia de grandes caballeros.

Empezaron el juego lanzando a la niña por los aires tras cada bocado, en loca, sublime y alborozada orgía…